

BENJAMIN MARTIN SANCHEZ

**Profesor de Sagrada Escritura y canónigo
de la S.I. Catedral de Zamora**

**BREVE
ENCICLOPEDIA**

**del dogma católico, la moral y el culto
fundamentada en la Biblia**

La fuente de la sabiduría es la palabra de Dios... (Eclo, 1,5)

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA**

NIHIL OBSTAT
Antonio Martín Llamas
Lic. en S.E.
Zamora, 3 septiembre 1991

IMPRIMATUR
Lic. Benito Peláez
Vicario General

ISBN: 84-7693-195-6
Déposito legal: B-23.957-91
Printed in Spain
Impreso en España

PRESENTACION

Queridos lectores:

Aquí tenéis en este libro que titulo «Breve enciclopedia» lo que pudiéramos llamar un prontuario o compendio de toda la *Teología del Dogma Católico* (verdades reveladas que debemos creer), *de la moral* (o Mandamientos que debemos observar) y *del culto*, que debemos dar a Dios, o sea, la vida sobrenatural que debemos vivir (gracia, sacramentos y oración como medios de santificación).

Por ser la Sagrada Escritura el alma de la Teología, como nos dice el Concilio Vaticano II, podréis observar que todas las cuestiones tratadas en este libro se apoyan como en cimiento perdurable, en la Escritura unida a la Tradición (DV.24).

El que se proponga ir leyendo poco a poco este libro, cuando haya terminado su lectura se habrá dado cuenta de todos los temas que abarca la Teología dogmática y moral y sabrá dar cuenta de su fe si fuere preguntado.

Hemos de notar que todas las verdades religiosas van íntimamente enlazadas entre si de tal manera que una verdad depende de otra y se une con ella, al igual que en un edificio las piedras descansan unas sobre otras, y por lo mismo no debe extrañar que los temas tratados ocupen

el orden en que los voy exponiendo (si bien el tratado vg. sobre la oración se podía haber antepuesto), pero una vez leídos, todos se darán cuenta que vienen a ser un sistema íntima y maravillosamente trabado de verdades reveladas.

Como tengo ya escritos muchos pequeños libros en los que trato parte de los temas que ahora expongo en éste, me parece oportuno advertirlo e indicar que el fin que me he propuesto es que pueda llegar a manos de todos un compendio de toda la religión y contribuir con él a una formación integral de cuantos lo lean y sea de hecho un verdadero «Manual de formación cristiana».

Dios quiera que este libro que va expuesto con una verdadera y sólida doctrina y en estilo sencillo y popular haga mucho fruto en todos mis lectores.

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ

Zamora, 17 agosto 1991

DIOS

¿Qué sabemos de Dios?

En una enciclopedia religiosa era necesario empezar por hablar de Dios por ser la primera verdad fundamental de todo orden religioso, y por haber publicado ya un libro precisamente con este título: «*¿Qué sabemos de Dios?*», en el que hablo de El y de todas sus perfecciones con cierta amplitud, me limitaré ahora a citar aquí solamente algunas de las ideas más principales, que tengo ya expuestas en dicho libro, al que remito a mis lectores.

1

El nombre de Dios en hebreo es «Yahvé» (otros dicen Jehová). Así se definió Dios a sí mismo cuando dijo a Moisés desde la zarza que ardía y no se consumía: «YO SOY el que soy» (Ex. 3,14). Y añadió: EL QUE ES me ha enviado a vosotros». Así dirás a los hijos de Israel. No temos que Dios habló en primera persona a Moisés: EHYEH =YO SOY, y nosotros lo denominamos en tercera persona: YAHVE =EL QUE ES. El es el ser por esencia, del que reciben su existencia todos los seres de la creación, y en su sentido histórico significa: El que está con vosotros para asistirlos, defenderlos y hacerlos felices.

«Yahvé», pues, significa «el que es»: profunda y exac-

ta definición de Dios: el que es y será siempre por la misma fuerza de su ser (Ved n.º 67. *Advertencia*).

2

Existencia de Dios. El filósofo Balmes dice: «¿Existe Dios? ¿Existe algún Hacedor del universo? Levanta los ojos al firmamento, tiéndelos por la faz de la tierra, mira lo que tu mismo eres, y viendo en todas partes grandor y orden di si te atreves: El acaso es quien ha hecho el mundo; el acaso me ha hecho a mi; el edificio es admirable, pero no hay arquitecto...». ¿Es posible afirmar que las cosas se hacen por si solas sin hacedor alguno? No hay duda que el hacedor de este mundo es un ser omnipotente, y éste no es otro que Dios.

3

Dios Creador. San Agustín dice también: «Entre todos los objetos visibles, el mayor de todos es el mundo; y entre todos los invisibles, el mayor es Dios. Pero que hay mundo lo vemos y que haya Dios lo creemos. Por lo que toca a haber hecho Dios este mundo, a ninguno debemos creer con más seguridad en este punto que al mismo Dios». Y ¿qué nos ha dicho Dios? En el libro de la revelación divina, en la Biblia El nos habla así por el profeta Isaías: «*Yo soy el Señor Hacedor de todas las cosas, el que lo ha hecho todo, el que sólo despliega los cielos y sostiene la tierra*» (44,24). «*Alzad a los cielos vuestros ojos y mirad, ¿quién los creó?*» (Is. 40,26). «*Toda casa ha sido fabricada por alguno, pero el Hacedor de todas las cosas es Dios*» (Heb. 3,4).

4

«*Al principio creó Dios el cielo y la tierra*» (Gén. 1,1).

El es el creador del mundo y del hombre. «Las obras admirables de la creación visible son huellas de nuestro Creador» (S. Greg. Magno). «La voluntad de Dios es la causa de cuanto existe... Nosotros existimos porque Dios es bueno» y nos ama (San Agustín). «Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra» (Símbolo Apostólico) (Ved n.º 224 y 225).

5

Dios causa última y ordenador del universo. Dios es el primer motor del mundo: «Todo cuanto se mueve es necesario sea movido por otro...; (en la serie de los que se mueven) no se puede llegar hasta el infinito, porque de esta manera no habría un primer motor, y por consiguiente ni un segundo motor moviendo a otro... De modo que es necesario llegar a un primer motor, que no sea movido por otro... y este primer motor es lo que todos llamamos Dios» (Santo Tomás).

6

Si levantas la mirada al cielo y contemplas el orden que hay en él, esto te guía hacia la fe..., porque por sí mismo revela al arquitecto del mundo; si admiras la disposición de la tierra, también crece en ti la fe de un Dios (San Basilio). La Santa Iglesia sostiene y enseña que por la luz natural de la razón humana, Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza por medio de las cosas creadas (Conc. Vat. I).

7

Hay un solo Dios verdadero, es espíritu e invisible

Hay un solo Dios. En la Biblia leemos: «Yahvé es ver-

dadero Dios, el Dios vivo y verdadero» (Jer. 10,10). «Si admitimos varios dioses, tendrá que haber diferencia entre ellos; porque de lo contrario hay un solo Dios y no muchos. Y si hay diferencia entre ellos, ¿dónde está su perfección omnímoda?» (S. J. Damasceno). «Si Dios ha de ser perfecto, como ha de serlo, entonces no puede haber más que un solo Dios» (Tertuliano).

La Santa Iglesia Católica Romana cree y confiesa que hay un solo Dios verdadero y vivo, Creador del cielo y de la tierra... «*Ignorantes, ¿cuándo discurriréis? El que plantó el oído ¿no va a oír? El que formó el ojo ¿no va a ver? El que instruye al ignorante ¿no va a saber?»*» (Sal. 93,8-10).

8

Dios es espíritu. Jesucristo dijo a la mujer samaritana: «*Dios es espíritu, y los que le adoran han de adorarle en espíritu y en verdad*» (Jn. 4,24). «*El Señor es Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor está la libertad*» (2 Cor. 3,17). «Espíritu» es lo opuesto a cuerpo o materia. En la Sagrada Escritura se nos habla del ojo, de la mano, del dedo de Dios...; mas aunque son términos que se refieren al cuerpo, conviene saber que Dios habla a los hombres en lenguaje humano, para que le entendamos. «Dios es simple, no compuesto, sin forma corpórea» (S. J. Crisóstomo).

9

Dios es invisible, porque no tiene cuerpo como nosotros, y por lo mismo no podemos percibirle con nuestros sentidos (ojos, oídos, etc.). Sólo se ha dejado ver en la Persona de Jesucristo «*el cual es imagen perfecta del Dios invisible*» (Col. 1,15). Cuando la Escritura dice: *Ecce Deus:* «Aquí está Dios, no lo muestra como visible, sino

que indica que está presente en todas partes» (San Isidoro).

10

Dios es inefable, incomprensible, inescrutable y eterno

Dios es inefable para nosotros, porque no tenemos ninguna palabra que pueda expresar su esencia tal cual es, por ser infinita. Nunca podemos alabar a Dios dignamente..., es demasiado grande, demasiado elevado, admirable en poder... La Escritura dice: «*Las obras de Dios superan toda alabanza. Para darle gloria ¿qué es lo que valemos nosotros? Pues siendo todopoderoso es superior a todas sus obras... Bendecid al Señor, ensalzadle cuanto podáis; porque superior es a toda alabanza. Para ensalzadle recoged todas vuestras fuerzas, y no os canséis que jamás llegaréis al cabo... ¿Quién le vio y puede darle a conocer, y quién puede engrandecerle tanto como El es?*» (Eclo. 43,29ss).

11

Dios es incomprensible. «Incomprensible» significa que nuestro conocimiento de Dios es limitado, propio de la criatura, que no es capaz de abarcar la esencia de Dios por completo y agotarla; imposibilidad que no se suprimirá completamente ni siquiera con la visión inmediata de Dios. «*Grande es el Señor y digno de toda alabanza; su grandeza no tiene límites*» (Sal. 145,4)

«*¿Podrás tu comprender los caminos o misterios de Dios o entender al Todopoderoso hasta lo sumo de su perfección? Es más alto que los cielos. ¿Qué harás? Es más profundo que el seol. ¿Cómo has de poder conocerle? Es más extenso que la tierra, más ancho que el mar...*» (Job. 11,7-9).

12

Dios es inescrutable. Los caminos y la acción de Dios son «inescrutables». Esto quiere decir ue no podemos determinarlos de antemano por más que escudriñemos, consultemos, pensemos o cavilemos. Nadie puede llegar a conocer el fondo de los secretos designios de Dios» (S. Greg. Magno). «Los secretos juicios de Dios no pueden ser penetrados ni por el sentido angélico ni por el humano. Y porque son ocultos, pero justos, es necesario venerarlos y temerlos, no discutirlos o escudriñarlos» (S. Isidoro).

13

Dios es eterno. Eterno quiere decir que siempre ha existido y existirá. El es el que no tiene principio ni fin. El es el Ser necesario y la primera de las causas de la cual dependen todas. La Escritura Santa dice de Dios: «*Tu eres siempre el mismo, tus años no tienen fin*» (Sal. 102,28). «*Tu, oh Dios, eres antes que fuesen los montes y se formara la tierra y el orbe; eres desde la eternidad a la eternidad*» (Sal. 90,2). Dios es el Ser inmortal por esencia... y que no ha sido creado por nadie, y como dice el profeta Isaías: «*Yo soy el primero y el último, y fuera de mi no hay otro Dios*» (44,6).

14

Dios es Uno y Trino... y eternamente feliz

La revelación nos dice claramente: *No hay más que un solo Dios* (Dt. 6,4; 1 Cor. 8,4). *Yo, Yahvé, el único* (Is. 45,21); mas este Dios único es Padre, Hijo y Espíritu Santo, y es lo que llamamos la Santísima Trinidad, es decir,

en Dios hay tres Personas distintas, pero no son tres Dioses, sino un solo Dios, porque los tres tienen una sola naturaleza divina (Ej. Un árbol con tres ramas...).

Este misterio está revelado en la Biblia: «*Id, enseñad a todas las gentes, bautizadas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*» (Mt. 28,19s). El Padre es Dios (1 Cor. 8,16), El Hijo o Verbo (Palabra del Padre) es Dios (Jn. 1,1; 10,30; Mt. 11,27). El Espíritu Santo es Dios (Hech. 5,3-4; 1 Cor. 2,10-11; 3,16). Este misterio lo recordamos al santiguarnos y al decir: Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. (Véase n.º 126 y 127).

15

Dios es nuestro Padre. Ya los profetas lo dicen así: «*Tú, oh Dios, eres nuestro Padre...*» (Is. 63,15). «*Si soy Padre, ¿dónde está mi honra?...*» (Mal. 1,6). Pero el que de verdad nos revela y descubre a Dios como Padre, es Jesucristo, al decirnos que rezáramos así: «*PADRE NUESTRO que estás en el cielo...*» (Mt. 6,9). De hecho Dios es nuestro Padre porque nos ha dado la vida divina por medio de su Hijo, y además nos ha dado la vida natural, pues El es el que «*da la vida a todos, el aliento y todas las cosas*» (Hech. 17,25).

16

Dios es infinitamente feliz. La felicidad es una dicha grande sin pesar alguno. Dios es eternamente feliz porque no necesita de nada, y si ha hecho este mundo y nos ha creado a nosotros, no es para aumentar su felicidad sino para hacernos a nosotros felices. El es «*EL BIENAVENTURADO y solo Poderoso, Rey de reyes y Señor de los señores*» (1 Tim. 6,15).

17

Dios es inmenso, inmutable y todo lo sabe y lo ve

Dios es inmenso. «Inmenso» equivale a decir que es ser infinito, o sea, sin límites ni fin. No tiene límites de lugar, ni de poder ni de sabiduría. Dios es también «omnipresente», es decir, está presente en todos los lugares del universo, en todas las criaturas (estrellas, cielo, tierra, flores, animales, hombres, casas, corazones). Dios, pues, está en todo lugar y donde hay cosas, pues todas son suyas. Y está presente con todo su ser (siendo), con toda su ciencia (sabiendo), con todo su poder (conservando) y actividad (obrando)... «está presente como Artífice que lo domina todo» (S. Agustín).

18

Nadie puede huir de Dios. «¿Dónde podría alejarme de tu espíritu? A dónde huir de tu presencia. Si subiere a los cielos, allí estás Tú, si bajare a los abismos, allí estás presente...» (Sal. 139).

Dice el Señor: *¿Soy Yo por ventura, Dios sólo de cerca? ¿No lo soy también de lejos? Por mucho que uno se oculte en escondrijos, ¿no lo verá Yo? ¿No lleno Yo los cielos y la tierra?* (Jer. 23,23-24). Dios está en todas partes... Si pensáramos que Dios nos ve, nunca o casi nunca pecaríamos (Santo Tomás).

19

Dios es inmutable, porque permanece eternamente el mismo sin mudarse jamás en su ser o en sus juicios,. El no envejece, no cambia ni varía, no disminuye en saber, poder, fuerza, vida, hermosura, etc. En El no hay ninguna

mudanza, no se hace mejor o peor, no quebranta su palabra (Núm. 23,19).

En la Biblia leemos: *«Desde el principio, Tú, oh Dios, fundaste la tierra, y obra de tus manos es el cielo; pero estos perecerán y Tú permanecerás, mientras todo envejece como un vestido. Los mudarás como se muda una vestidura, pero Tú siempre el mismo, tus días no tienen fin»* (Sal. 102,26-28).

20

Dios todo lo sabe y todo lo ve. Dios es infinitamente sabio, lo sabe todo y conoce todo, porque El es el que concibió y creó todas las cosas. El conoce lo pasado, lo presente y lo futuro, los misterios de la naturaleza, los más profundos del corazón humano y todos nuestros más secretos pensamientos. Yahvé es sapientísimo, y no se le ocultan a su vista las maldades (1 Sam. 2,3). *«El ve las cosas antes que sucedan (Dn. 13,42). (Antes que fueran creadas todas las cosas ya las conocía El, y lo mismo las conoce después de acabadas»* (Eclo. 23,29). *«Yo, Yahvé, penetro los corazones..., para retribuir a cada uno según sus cambios, según el fruto de sus obras»* (Jer. 17,9-10).

21

¿Por qué suceden tantas cosas adversas? Conviene que tengamos muy presente que las cosas suceden no porque Dios ve que son así, pues aunque Dios prevé lo malo, no fuerza al hombre a efectuarlo. Sucede como cuando nosotros vemos de lejos que uno se quita la vida, el cual no lo hace porque lo vemos, sino que lo vemos porque él lo hace. Como lo pasado, dice San Agustín, que está en mi memoria, no sucedió porque lo recuerdo, sino que se me acuerda porque pasó; así lo futuro que Dios prevé, no

será porque Dios lo previó, sino que lo prevé porque sucederá.

22

«Aunque todo lo que Dios ha presabido o predestinado tiene que suceder, no sucede porque haya sido predestinado, sino que ha sido predestinado porque había de suceder» (Prudencio). Aunque Dios prevé la condenación del hombre, no es autor ni responsable de su pérdida. «Dios supo de antemano que los buenos habían de ser buenos por su gracia y que por la misma habían de recibir los premios eternos, y previó que los malos por su propia malicia habían de ser malos... Los que se pierden no es porque no pudieron ser buenos, sino porque no quisieron ser buenos» (Conc. Valentiniano. 321).

23

Muchos de los males que suceden son debidos a la libertad del hombre. La libertad es un don de Dios, que recibimos para hacer el bien y a veces la empleamos para el mal. Esto es un abuso de la libertad.

Dios también conoce lo que *sucedería* en determinadas condiciones, y por eso a veces nos envía penas o castigos para evitar mayores males que nos amenazarían en otro caso (Mt. 11,21; Sab. 4,11). (Ved 355-358).

Muchos suelen culpar a Dios de los males y desgracias que les sobrevienen, y no se dan cuenta que ellos las más de las veces son los culpables: vg- unos sufren por glotonería o por embriaguez (Eclo. 31) o por darse al deleite o placeres impuros, etc. En los Proverbios leemos: «*La necedad del hombre tuerce sus caminos y luego le echa la culpa a Dios*» (19,3). Hay que reconocer que muchas veces nos quejamos de la Providencia, cuando los verdade-

ros autores de nuestras desgracias hemos sido nosotros mismos por nuestro obrar irreflexivo e imprudente.

24

Providencia, poder y grandeza de Dios

La Providencia de Dios es el cuidado que El tiene por conservar y gobernar el mundo. «*El Señor ha hecho al pequeño y al grande, e igualmente cuida de todos*» (Sab. 6,7). Dios cuida de las aves del cielo y de los lirios del campo... ¡cuánto más de nosotros! (Mt. 6,25-30). La Providencia de Dios se extiende hasta los acontecimientos más insignificantes de nuestra vida (Mt. 10,30).

Un ejemplo admirable de la Providencia divina tenemos en José, vendido por sus hermanos y después encarcelado, humillado... y después su subida repentina para ser virrey de Egipto y ser salvador de sus hermanos y del pueblo de Israel, y una vez dado a conocer a sus hermanos, les dice: «*No por vuestra traición vine yo aquí, sino por la voluntad de Dios*» (Gén. 45,8).

25

Nada acontece en el mundo por *casualidad*... Dios permite algunos males debido a la libertad del hombre... Todo lo bueno se hace por orden de Dios, y *permite* el mal, el dolor... y esto no se opone a su Providencia. «*Dios todo lo hizo bien*» (Gén. 1,31), por tanto el origen del mal no viene del Creador. El no es el autor del pecado. «*No digas: Mi pecado viene de Dios, porque El no hace lo que detesta... Pues a nadie ha mandado ser impío, ni le ha dado permiso para pecar*» (Eclo. 15,12 y 21). Dios no hizo el dolor ni la muerte, pues entraron en el mundo por el pecado original: «*Por un hombre entró el*

pecado en el mundo y por el pecado la muerte...» (Rom. 5,12; Gén. 3,17; Sab. 1,13).

El origen del mal y de todos los sufrimientos, son debidos al primer pecado... y a los pecados personales de los hombres. (Ved 420 y 106).

26

Dios permite muchas veces el dolor para nuestro mayor bien: para *expiar* nuestros pecados; para *probar* la fidelidad de los justos; para *convertirnos y desprendernos* de los bienes de la tierra y hacernos pensar más en el cielo, al que estamos destinados, y a veces para dar ocasión a Dios de manifestar su poder al librarnos del sufrimiento, como en las curaciones milagrosas (Lc. 23,41; Gén. 42,21; 2 Mac. 6,12-16; Jn.9). Para que nuestros sufrimientos tengan méritos redentores debemos unirlos a los de Cristo y soportarlos con resignación cristiana. (Ved mi «*Catecismo sobre el dolor*»).

27

Poder y grandeza de Dios. Dios no tiene límites en su poder. El es Todopoderoso. «*Nuestro Señor está en los cielos, y puede hacer cuanto quiere*» (Sal. 115,3). El puede hacer todo lo que quiere, y esto con sólo quererlo. La creación del mundo de la nada es obra de su voluntad: «*El lo dijo y se hizo, mandó y las cosas fueron creadas*» (148,5). El Señor ha hecho cuantas cosas quiso así en el cielo como en la tierra (Sal. 135,6). Para Dios todo es posible.

28

Dios lo puede todo, pero no quiere todo lo que puede,

es decir, no quiere lo que implique pecado o contradiga a su infinita perfección, por ejemplo, la mentira, el engaño, porque El es infinitamente perfecto y santo, es decir, el pecado es opuesto a la perfección de su esencia, y toda imperfección nace de enfermedad o flaqueza, y no de suma e infinita virtud de todo, cual es lo que tiene Dios.

29

La construcción colosal del firmamento: las masas puestas en movimiento, las órbitas de los astros, el número de las estrellas, las leyes del movimiento..., se hizo por la palabra creadora de Dios. «¡Tenemos un Dios grande, dice San Agustín, Su grandeza es sin fin; sin fin ha de ser tu alabanza!».

30

¡Cuán grande es el globo de la tierra! Este tiene 40.000 kilómetros de circunferencia, 510 millones de kilómetros cuadrados de superficie. Y, sin embargo, el sol es más de un millón de veces mayor que la tierra. La luz que recorre por segundo 300.000 kilómetros, necesita millares de años para venir a nosotros desde algunas estrellas. ¿Quién no se asombra ante esa grandeza, ante ese espacio tan inconmensurable? Si tan grandiosa es la creación ¡cuán grandioso no tiene que ser su Creador, que llamó de la nada al ser estos mundos sin columnas ni apoyo y a cada uno le señala su camino! *El cuenta el número de las estrellas y llama a cada una por su nombre. Grande es Yahvé, grande es su poderío, y su inteligencia es inenarrable.* (Sal. 147,4-5).

Llenos de asombro y reverencia debemos decir: A Ti, gran Dios, te alabamos; a Ti, Señor, a tu gran poder ensalzamos...

31

Dios es el Señor, el Altísimo, el lleno de gloria...

Dios es el Creador de todas las cosas, y por tanto a El le pertenecen, y El es su Señor. El tiene el dominio o derecho de soberanía sobre todas las criaturas. «*Al principio creó Dios el cielo y la tierra*» (Gén. 1,1). «*Del Señor es la tierra y cuantos la habitan*» (Sal. 24,1). Por ser todos nosotros hechura de Dios, a El pertenecemos y a El debemos servirle... «*Si vivimos... para el Señor vivimos... del Señor somos*» (Rom. 14,8).

32

«*Tuyo es, ¡oh Yahvé!, la majestad, el poder, la gloria y la victoria; tuyo el honor y tuyo cuanto hay en los cielos y en la tierra...*» (1 Cron. 29,11ss). «*Tu solo eres santo, tu el solo Señor. Tú el solo Altísimo*» (Mis. Gloria). «*Sólo Tú eres el Altísimo sobre toda la tierra*» (Sal. 83,19). Lo que más impresiona a un hombre en su encuentro con Dios es la alteza y la majestad del Dios eterno ante el cual el hombre es «*polvo y ceniza*» (Gén. 18,27) y «*como nada ante sus ojos*» (Sal. 39,6). Señor, «*todo el mundo es delante de Ti como un grano de arena en la balanza y como una gota de rocío de la mañana que cae sobre la tierra*» (Sab. 11,23)... Si esto es el mundo delante de Dios, ¿qué seré yo?...

33

La Biblia alude con frecuencia a la gloria de Dios. «*Los cielos pregonan la gloria de Dios*» (Sal. 19,2). «*Dios mío, ¡qué grande eres! estás revestido de gloria y majestad, envuelto de luz como un manto...*» (Sal. 104,1-2)...

Jesucristo, nuestro Señor, nos hizo asequible esta gloria interna de Dios mediante su vida y muerte y nos la prometió como fin de toda la vida cristiana, y la recibiremos nosotros cuando, rotas las ataduras terrenales, nuestro ser se revista con la túnica de la glorificación.

«Si el alma, dice San Juan de la Cruz, tuviera un solo barrunto de la alteza y hermosura de Dios, no sólo una muerte apetecería por verla ya para siempre, pero mil acerbísimas muertes pasaría muy alegre por verla un momento solo, y después de haberla visto, pediría padecer otras tantas por verla otro tanto...»

34

Dios es todo bondadoso e infinitamente justo

Dios es la suma bondad. Toda bondad tiende a comunicarse: «Nosotros existimos, porque Dios es bueno» y nos ama (S. Agustín). «*Dios es amor*» (1 Jn. 4,8). La bondad de Dios se extiende a todos, aun a los seres irracionales: «*Ni uno de los pájaros está en olvido de Dios...*» (Lc. 12,6). Dios es un ser infinitamente feliz, que no necesita de otros ni de nada... De una fuente que llena abismos infinitos puedes sacar todo el agua que quieres, no llegarás a menguar la misma fuente...» Dios nos ha creado por puro amor, y todo lo demás por amor a nosotros» (S. J. Crisóstomo).

35

El amor que Dios nos tiene no puede compararse con el amor de una madre. «*¿Puede la mujer olvidarse del fruto de su vientre, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Aunque ella se olvidara, yo no me olvidaré de ti..., dice el Señor*» (Is. 49,14-15). He aquí la mayor manifesta-

ción de amor de Dios a los hombres: «*Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo..., para que el mundo sea salvo por El*» (Jn. 3,16-17). Jesucristo diría después: «*Nadie tiene amor mayor que éste de dar la vida por sus amigos*» (Jn. 15,13).

Dios ama a todos, sin excluir a los pecadores: «*Hace salir el sol sobre malos y buenos, llueve sobre justos y pecadores*» (Mt. 5,45).

36

«El Corazón de Jesús, dice Juan Pablo II, está lleno de amor al hombre, lleno de amor a la criatura, lleno de amor al mundo. ¡Está totalmente lleno! Esa plenitud no se agota nunca» (13-7-1986).

Alguno dirá: Hay muchos males en el mundo. Es cierto, pero sabemos que Dios no crea más que lo bueno; el mal no procede de El. «Dios que es el Creador del universo, no hizo sino cosas buenas» (S. León Magno). «Dios no quiere egoísticamente los bienes que posee eternamente, sino que quiere hacernos participar del gozo y posesión de sus bienes eternos» (San Hilario). «Sólo Dios es liberal en sumo grado, porque no obra movido por su propia utilidad, sino únicamente por su bondad» (Santo Tomás).

37

Dios es infinitamente justo. «Justo es Yahvé y ama lo justo» (Sal. 11,7). «*Justo eres, oh Yahvé, y justos son tus juicios*» (Sal. 19,137). Dios dará a cada uno según sus obras... En Dios no hay acepción de personas (Rom. 2,6 y 11). No ve Dios como el hombre; el hombre se fija en las apariencias, pero Dios mira el corazón (1 Sam. 16,7).

Dios es infinitamente justo porque premia las acciones buenas y castiga toda culpa. La justicia de Dios no es

otra cosa que su bondad. Dios castiga en esta vida sólo para corregir el hombre y hacerle feliz. Dios es justo porque es bueno (Clem. de A.).

38

«Quien dice Dios, dice suprema justicia; que si Dios no fuera justicia suma, no sería Dios» (Sardá y Salvany). «Aunque tengamos que ser muy puros para comparecer ante la santidad de Dios, también sé que precisamente este Dios es infinitamente justo, y esta justicia que infunde miedo a tantas almas, es para mi objeto de alegría y de confianza. Ser justo significa no solamente usar de severidad para con el reo, sino también reconocer las rectas intenciones y premiar la virtud. Espero tanto de la justicia de Dios como de su misericordia» (Santa Teresa del Niño Jesús). «*Teme a Dios y guarda sus mandamientos*» (Ecl. 12,7). Teme a Dios no con temor servil, sino filial de no quererle ofender jamás.

39

Dios es paciente y misericordioso

Es inconcebible que Dios tan omnipotente y eterno, tan majestuoso y superior al mundo, se preocupe tanto de nosotros, siendo tan pobres y mezquinos, tan miserables y pecadores. ¿Qué somos nosotros? ¡Qué poca cosa e insignificante es una hormiguita con relación a nosotros! Pues menos somos nosotros con relación a Dios..., y ese Dios infinitamente grande se preocupa de nosotros más que una madre respecto al hijo de sus entrañas, como dice el profeta Isaías (49,15). Señor, «*Tú tienes misericordia de todos, porque todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres por esperarlos a penitencia...*» (Sab. 11,24).

40

En Dios todo es grande, todo es infinito, pero donde parece resaltar más su grandeza es en su misericordia. El salmista dice: «*Su misericordia está sobre todas sus obras*» (Sal. 145,9). «*De la misericordia del Señor está llena la tierra*» (Sal. 33,5). «*Yahvé es benigno y misericordioso, magnánimo y grande en clemencia. Yahvé es bueno con todos y su misericordia se derrama sobre todas sus criaturas*» (Sal. 145,8-9).

41

«Examínate a ti mismo: ¿qué es lo que mereces, pecador? Despreciador de Dios, ¿qué mereces? Mira si ves otra cosa que castigo, otra cosa más que suplicio... Dios no se deleita con condenar sino con salvar, y es tan paciente con los malos para que se vuelvan buenos... Su misericordia se nos anticipa por doquiera, para llamarnos a nosotros que no queríamos ir» (San Agustín).

Dios está siempre dispuesto a perdonar, y dice con juramento: «*Yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*» (Ez. 33,11). No desesperes, pues, del perdón por la enormidad de tus culpas, porque, si te arrepientes sinceramente de ellas, la misericordia de Dios borrará grandes pecados» (S. Jerónimo).

42

Dios es paciente con los pecadores, y a muchos aprovechó esta paciencia, para convertirse y hacerse santos. Tales fueron la Magdalena, San Pablo, San Agustín y otros muchos. Dios esperó a San Agustín más de treinta años... A veces sucede que muchos pecadores no se convierten y otros se obstinan en su maldad, a pesar de la pa-

ciencia de Dios, y en muchos es debido a su presunción, porque dicen que Dios es bondadoso, pero sepan que la misericordia de Dios es paciente y al fin termina castigando como hizo con Jerusalén al no hacer caso de los avisos que le dio por sus profetas...

43

Se refiere de Santa Teresa del Niño Jesús, que una novicia la había ofendido y fue a pedirle perdón. Teresita apareció muy emocionada y dijo: «¡Si supiese usted lo que yo siento! Nunca había comprendido tan profundamente el amor con que nos acoge Jesús, como cuando después de cometer una falta le pedimos perdón. Si yo misma, su pobre y pequeña criatura, siento tanta dulzura en este momento con usted, que ha venido a pedirme perdón, ¿qué sentirá el corazón suavísimo de Dios, si nos dirigimos a El con arrepentimiento?»

44

Dios es infinitamente santo y perfecto, veraz y fiel

Dios es infinitamente santo y perfecto. En la Sagrada Escritura se nos habla así de la santidad de Dios: «*Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo. Toda la tierra está llena de su gloria*» (Is. 6,33). «*¡Oh Dios, santos son tus caminos!*» (Sal. 77,14). «*Amas la justicia y aborreces la iniquidad*» (Sal. 45,8). «*Aborrece Yahvé el camino del impío, pero ama al que va por el de la santidad*» (Prov. 15,9). «*Sed santos, porque Yo soy santo*» (Lev. 11,44).

Decimos que Dios es santo, porque El ama solamente el bien y aborrece todo lo malo. La santidad es carencia o ausencia de toda mancha de pecado. Santo Tomás lo dice así: «La santidad consiste en estar puros de pecado y en

practicar el bien». En realidad la santidad no es otra cosa que conformidad de nuestra voluntad con la voluntad de Dios, o sea, hacer lo que El quiere, que seamos cumplidores de sus santos mandamientos.

45

«Un ser es perfecto cuando está acabado y ha alcanzado su fin..., mas la perfección absoluta es el cúmulo de todos los bienes, y sólo la posee Dios. Dios posee *todas* las perfecciones que nosotros podamos concebir. Todo cuanto hay de perfección en Dios, es siempre inmutable en El sin aumento ni pérdida» (S. Greg. Niseno). El modelo de nuestra santidad es Jesucristo. Como podemos ver en el Evangelio, El nos da ejemplos de pobreza, de castidad, de obediencia, de humildad, etc. El pasó por este mundo sin pecado alguno, sin una sola mancha o imperfección. Sólo El pudo hacer este reto a sus enemigos: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?» (Jn. 8,46). Y ellos mismos, como Judas, Pilato, el buen ladrón confesaron su inocencia... Todos estamos llamados a la santidad y todos sin excepción (Conc. Vat. II).

46

Dios es veraz y fiel. La Escritura dice: «Dios es veraz, y mentiroso todo hombre» (Rom. 3,4). «Dios no miente» (Tit. 1,2). «Es imposible que Dios mienta» (Heb. 6,18). «No es Dios un hombre para que mienta» (Jn. 8,26). «La verdad del Señor permanece eternamente» (Sal. 117,2). «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt. 24,35).

Dios es veraz porque manifiesta y dice sólo la verdad, y como dice el Conc. Vaticano I: «Dios no puede engañar... ni puede equivocarse ni inducir a error». El es infi-

nito en toda perfección. No puede engañar ni engañarse porque es sapientísimo; ni puede mentir porque es infinitamente santo». Quien ha prohibido la mentira, está muy lejos de mentir» (S., Clem. Romano).

47

Dios es fiel en todas sus palabras (Sal. 145,13). Si le fuéramos infieles, El permanecería fiel, que no puede negarse a Sí mismo (2 Tim. 2,13). «*Sus obras son perfectas. Todos sus caminos son justísimos; es fidelísimo y no hay en El iniquidad; es justo, es recto*» (Dt. 32,4). Dios es infinitamente fiel porque El cumple siempre sus promesas, y sus amenazas. La fidelidad de Dios aparece en sus promesas. Recordemos cómo se cumplieron sus amenazas en el paraíso (Gén. 2,17; 3,17) y la promesa del Salvador (Gén. 3,15), y las amenazas de Cristo sobre la destrucción de Jerusalén y de su templo (Mt. 24), y así han de cumplirse todas.

48

Dios nos prueba y remunera el bien

Nadie en la tentación diga: «Soy tentado por Dios», porque Dios ni puede ser tentado al mal, ni tienta a nadie (Sant. 1,133). «*Yahvé, tu Dios, te prueba para saber si le amáis con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma*» (Dt. 13,3). «*Bienaventurado el hombre que sufre con paciencia la tentación, porque después que fuere así probado recibirá la corona de la vida que Dios ha preparado a los que le aman*» (Sant. 1,12). Dios prueba a los elegidos como el oro en el horno (Sab. 3,6).

De diferente manera tienta Dios que el diablo. El diablo tienta para hacer caer; Dios tienta para coronar... Al

ser tentado piensa en la corona que se te prepara... Cuanto mayor sean las tribulaciones, más abundante será la coronación (San Ambrosio).

49

«Dios deja caer acá, a veces, sobre individuos y sobre pueblos, pruebas cuyo instrumento es la malicia de los hombres, a purificar personas y pueblos con las expiaciones de la vida presente y por tal camino volverlos de nuevo a Sí» (Pío XII).

Advertencia: *El sufrimiento* es inevitable; como ha dicho Juan Pablo II: «El tema del sufrimiento es un tema universal, que acompaña al hombre a lo largo y ancho de la geografía» (Sobre el origen del mal y de los sufrimientos, y para que estos tengan méritos redentores, véase núm. 25 y 26).

50

Justo y veraz es nuestro Juez, que a nadie niega el galardón de sus méritos... Nadie se arrepintió de haber servido a Dios. Es sobremanera liberal en la remuneración (S. Greg. Naz.). «Si recibes el salario aquí, se te paga con bienes incorruptibles y no pasajeros. Si recibes la paga aquí, recibes plomo; si la recibes en el cielo, se te da oro de ley» (S. J. Crisóstomo).

51

La ira y la venganza de Dios

San Agustín nos dice: «Los antiguos nos enseñaron que la ira no es más que el apetito de venganza». Todos conocemos la ira o cólera que se levanta con ímpetu en el espíritu del hombre, y algunas veces en forma espantosa, la cual origina disputas, querellas, injurias, calumnias,

blasfemias, etc; mas la ira de Dios, que aparece en la Sagrada Escritura, no es así. Como dice Santo Tomás: «La ira de Dios no significa una excitación espiritual sino el efecto de la ira: el castigo eterno impuesto al pecador».

«¿Qué es la ira de Dios sino los castigos y venganzas del Dios justo? No se turba Dios con alguna conmoción, como el alma mudable cuando monta en cólera; lo que llamamos ira de Dios no es otra cosa que el castigo justo del pecado... Es costumbre de la Sagrada Escritura aplicar a las cosas divinas expresiones tomadas de las cosas humanas». Dios se acomoda a nuestra manera de hablar...

52

No es Dios quien te vuelve la espalda y después se vuelve hacia ti... Te ha vuelto la espalda, porque tu se la volviste a El...; El sigue la espalda del que huye, ilumina el rostro del que vuelve. Es tu Juez si huyes, es tu Padre si retornas... Dios odia y ama al mismo tiempo. Odia tus cosas, te ama a ti... Odia lo que tu hiciste (el pecado), ama lo que hizo El (su imagen en el hombre)... Falta de castigo: ¡qué duro castigo! Si vives mal y Dios no te castiga, es señal de que está enojado (San Agustín).

La ira de Dios se manifiesta desde el cielo sobre toda impiedad e injusticia de los hombres... (Rom. 1,18). Dios castiga el pecado solamente el pecado... El no se complace en el castigo, y castiga no por afán de venganza ni por celo obcecado, sino por amor, para mover al pecador a enmienda...

53

Dios por encima de todos los seres

El Concilio Vaticano I hizo esta profesión de fe: «La

Santa Iglesia Católica Romana cree y confiesa que hay un solo Dios vivo y verdadero, Creador y Señor del cielo y de la tierra, omnipotente, eterno, inmenso, incomprendible, infinito en entendimiento y voluntad y toda perfección. Es un ser espiritual único, simplicísimo e inmutable... *completamente distinto del mundo*, beatísimo en si mismo, e inefablemente superior a todas las cosas que existen o puedan concebirse fuera de El» (D. 1792).

54

Dios es el único ser absolutamente independiente y soberano. El único que existe por si mismo y no admite otro ser absoluto al lado de El. Algunos pueblos antiguos que no conocían la luz de la revelación cayeron en el error del panteísmo. Esta palabra «panteísmo» viene de las dos griegas: *pan* que significa *todo*, y *Theos*=Dios; por tanto, según ellos Dios es todo y todo es Dios, es decir, identifican a Dios con las cosas, con todas las criaturas. Moisés quitó el fundamento de toda doctrina errónea... con esta frase: «*Al principio creó Dios el cielo y la tierra*» (Gén. 1,1) (S. J. Crisóstomo) Dios está en el mundo y por encima del mundo...

55

Dios es luz

La «luz» es el símbolo más hermoso de Dios. Donde hay luz, allí hay claridad, verdad, belleza, vida, calor, crecimiento, esperanza, brillo, alegría... Lo opuesto son las tinieblas... Así también en el sol eterno, en Dios, pero de una manera infinitamente más sublime. «Dios es luz»; por tanto, lo que viene de Dios, lo que a El pertenece, es luz... San Juan nos lo dice así: «*Este es el mensaje que de*

Jesucristo hemos oído, y os anunciamos que DIOS ES LUZ y que en El no hay tiniebla alguna» (1 Jn. 1,5). Y el mismo Jesucristo nos dice en su Evangelio: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn. 8,12).

56

La sabiduría de Dios *«es el resplandor de la luz eterna» (Sab. 7,26). Dios es «el único inmortal, que habita una luz inaccesible, a quien ninguno vio ni pudo ver, a cual el honor y el imperio eterno. Amén» (1 Tm. 6,16). Dios es luz y el Creador de la luz: «Hágase la luz, y la luz fue hecha» (Gén. 1,3), y creó las dos grandes lumbreras, el sol y la luna (Gén. 1,14-19). «Los cielos pregonan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos» (Sal. 19).*

Dios será luz eterna de los justos. *«Ellos verán su rostro, y llevarán su nombre sobre la frente. No habrá ya noche, ni tendrán necesidad de luz de antorcha, ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinará por los siglos de los siglos» (Apoc. 22,4). Yahvé será tu eterna luz, y tu Dios será tu resplandor (Is. 60,19).*

57

«El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? (Sal. 27,1). Caminemos en la luz del Señor (Is. 2,5). «Vino la luz al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo el que obra el mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, porque sus obras no sean reprendidas. Pero el que obra la verdad viene a la luz para que sus obras sean manifestadas, pues están hechas en Dios» (Jn. 3,19-21).

«Fuisteis algún tiempo tinieblas (por vivir en pecado),

pero ahora sois luz en el Señor; andad, pues, como hijos de la luz» (Ef. 5,8). Todo apóstol debe ser luz: *«Vosotros sois la luz del mundo...»* (Mt. 5,14). *«Cristo es la luz de los pueblos»*, que quiere iluminarlos con la luz de su Evangelio... (LG. 1).

58

Dios es nuestra vida

Dios es la vida suprema y la fuente de la vida, por tanto no hay vida que no proceda de Dios... Toda vida, también la espiritual, tiene con Dios relación de lo creado con el Creador... Así como la vida del cuerpo es el alma, así la vida bienaventurada del alma es Dios. El es la vida eterna, en que entraremos nosotros cuando El nos reciba junto a sí... Tu vida eterna será el mismo Dios (San Agustín).

Dios nos ha dado la vida: la vida natural, pues El es el creador de la vida. Remóntate por tu vida hasta la fuente primera (padres, abuelos, antepasados) y llegarás a Dios, el que *«creó al hombre inmortal y lo hizo a imagen de su propia naturaleza»* (Sab. 2,23), pudiendo decir con el Salmista: *«Señor, tu formaste mis entrañas, tu me tejiste en el seno de mi madre. Te alabaré por el maravilloso modo en que me hiciste...»* (Sal. 139,13-14).

59

Dios nos dio también la vida sobrenatural o vida de la gracia, y a esto vino Jesucristo *«para que la tuviéramos abundante»* (Jn. 10,10), y Dios es el que en el santo bautismo nos transforma en una nueva especie de hombres, nos deifica por el baño de la regeneración. Remóntate, pues, hasta la fuente (pila bautismal, Iglesia, Cristo) y te

hallarás ante Dios, el Dios de tu vida... «Lejos de Dios, todo hombre tiene muerta el alma... Sólo mediante la participación en la vida eterna de Dios es dichosa el alma» (S. Agustín).

60

«Sin padre se puede vivir; se puede vivir sin madre, mas no se puede vivir sin Dios» (Dicho ruso), y esto es lo que ha dicho Juan Pablo II: «Los pueblos no pueden vivir sin Dios...». Cuando el santo Obispo Martin de Tours oía hablar de la «otra» vida, solía corregir con ímpetu la frase: «No hay otra vida; no hay más que una sola vida verdadera».

61

Dios es nuestro modelo

Dios se nos presenta en la Sagrada Escritura como modelo al que debemos imitar, y así nos dice: «*Sed imitadores de Dios, como hijos amados*» (Ef. 5,1). «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt. 5,48). «*Sed misericordiosos como también vuestro Padre es misericordioso*» (Lc. 6,36).

Alguno tal vez se desaliente por la sublimidad del modelo; pero no debe ser así, porque si El se nos presenta como ejemplar, es porque en realidad podremos imitarle; mas hemos de reconocer que tiene que ser con su ayuda: «*No yo, decía San Pablo, sino la gracia de Dios conmigo*» (1 Cor. 165,10). Si nos esforzamos, pues, por imitarlo, El nos ayudará.

62

Hay atributos en Dios, que por ser exclusivos suyos,

no podemos copiar en nosotros vg. la eternidad, la omniscencia, la inmensidad, etc., pero si podemos y debemos imitar aquellas propiedades que en nosotros forman el «carácter» y que en Dios sirven de modelo a nuestro esfuerzo moral, como son: su santidad, justicia, amor, bondad, suavidad, paciencia, misericordia, veracidad, etc...

En Dios hay ciertamente rasgos que no podemos imitar, pero si los podemos imitar en Dios humanado, o sea, en Jesucristo, verdadero hombre, y por eso quiso precisamente encarnarse y aparecer como hombre en medio de los hombres. Todos podemos imitarle según nuestra medida y capacidad...

63

Dios es nuestro fin

La Escritura Santa nos dice: «*Somos peregrinos y viajeros sobre la tierra*» (Heb. 11,13). Todos vamos caminando por este mundo, y ¿a dónde vamos? ¿Hemos pensado en nuestro último destino? Algunos viven en la tierra como si tuvieran en ella su domicilio permanente, y sólo piensan en acaparar riquezas, comprar fincas y casas como si fueran aquí eternos, mas éste es un error y tenemos que desengañarnos, porque con la muerte tenemos que dejarlo aquí todo, y por eso debemos vivir con el corazón desprendido de cuanto poseemos, usando de las cosas como las usa el peregrino, que al entrar, según va de camino, en un hotel, usa de los utensilios: cuchara, tenedor, toalla, etc, y luego se levanta y dejando todo, sigue su viaje...

64

Tenemos que reconocer que estamos en la tierra de

paso, que «no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna» (Heb. 13,14), y por eso interesa que nos hagamos estas preguntas: ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Para que estamos en este mundo?

¿De dónde vengo? Hace 100 años que yo no existía y dentro de pocos dejaré de existir. ¿Quién me ha puesto a mi en el mundo? En la Biblia leemos: «Al principio creó Dios el cielo y la tierra» (Gén. 1,1) y cuanto hay en ellos (Sal. 24,1). Dios es el Creador del mundo y del hombre y por tanto yo soy hechura de Dios. Dios sirviéndose de mis padres me dio el cuerpo. El creó mi alma y tuvo lugar mi nacimiento a la vida temporal «Dios nos hizo y somos suyos» (Sal. 100,3). Vengo, pues de Dios.

65

¿A dónde voy? El hombre es un viajero, y en este viaje por este mundo busca la felicidad..., todos soñamos en ella, pero ¿dónde está? Los que no piensan en el más allá de la muerte, ponen su felicidad en las riquezas, en los honores y placeres... Y ¿podremos llamar felicidad el disfrutar unos días de esta vida y luego morir y dejar aquí las riquezas y todo?... No hemos nacido para los bienes de este mundo...

66

¿Para qué estoy en este mundo? ¿Cuál es mi fin? Andamos muy equivocados si creemos que estamos en este mundo para acaparar riquezas y luego dejárselas a otros con gran pena que ellos disfruten a costa de nuestros sudores... San Agustín corrió tras los placeres, y un día hastiado de ellos, arrepentido se volvió a Dios y dijo: «Nos hiciste Señor para Ti e inquieto está nuestro corazón

mientras no descansa en Ti». En la Biblia leemos que Salomón poseyó toda clase de riquezas, de honores y placeres y al llegar la muerte exclamó: «*Vanidad de vanidades y todo vanidad*». Por eso Kempis, añadió: ««todo vanidad, fuera de amar a Dios y servirle».

Siendo hechura de Dios, de El dependemos y a El debemos servirle y amarle. «*Teme a Dios y guarda sus mandamientos, esto es el todo del hombre*», es decir, ésta es la razón de ser, y para esto estamos en el mundo para cumplir bien los mandamientos de Dios. Jesucristo nos habló de otra vida eterna y nos dice: «*Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos*» (Mt. 19,17).

67

¿Qué nos dice la Sagrada Escritura? «*Dios señaló al hombre un número contado de días, y le dio dominio sobre la tierra, y le dio inteligencia, lengua, oídos y ojos para que viera la grandeza de sus obras, para que alabara su santo nombre y pregonara la grandeza de esas sus obras. Y les dijo: Guardaos de toda iniquidad*» (Eclo. 17,3ss)...

En consecuencia: Nuestra felicidad no está en la tierra, no está en este mundo, está en *Dios infinito y eterno*, porque El es el que ha puesto en nosotros aspiraciones infinitas, y sólo El por poderlas colmar es nuestro último fin.

Advertencia

En los números precedentes hemos hablado de Dios y de sus perfecciones; mas después de haber dicho en el n.º 1 que el nombre de Dios es YAHVE, tenemos que añadir que en el A.T. además de *Yahvé* (el que es), hay otros seis nombres santos de Dios, que intentan interpretar su esencia. Estos son:

1. EL (el fuerte, el omnipotente); 2. ELOHIM (el adorable,

el temible); 3. KADOSCH (el Santo); 4. SCHADDAY (el Todopoderoso); 5. ADONAI (el Señor, el Juez, el Dueño) y 6. ELION (el Todoelevado, el Altísimo).

Pero el principal de todos, que señala mejor su esencia, es YAHVE, *el que es*, el ser por esencia, el ser independiente, el que existe por sí mismo, y del cual dependemos nosotros y el mundo entero.

En el N.T. se nos revela con esta definición: DIOS ES AMOR (1 Jn. 4,8), y su amor se nos manifiesta en que siendo el Ser por esencia, que no necesita de nada ni de nadie: nos ha creado y redimido por amor.

1. *Dios Padre nos ama*, porque «Dios es amor», y porque «tanto amó Dios al mundo que envió su Hijo al mundo para que éste sea salvo por El» (Jn. 3,17).

2. *Dios Hijo nos ama*, porque nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos», y Cristo la ha dado por nosotros (Jn. 15,13).

3. *Dios Espíritu Santo nos ama*, porque «por su virtud el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones» (Rom. 5,3).

La Santísima Trinidad es un misterio de amor. ¿Qué tenemos que hacer nosotros? Corresponder a tan grande amor. «Amemos a Dios, porque El nos amó primero» (1 Jn. 4,19). Y ¿quién ama a Dios? El que guarda sus mandamientos.

LA BIBLIA O SAGRADA ESCRITURA

68

¿Qué es la Biblia?

Nos interesa muchísimo saber que la Biblia es el libro más importante y autorizado que hay en el mundo, por ser el libro de la revelación divina, el que contiene y es «la palabra de Dios escrita» (Conc. Trento), «una carta de Dios omnipotente a su criatura» (S. Greg. Magno y S. Agustín). En él Dios nos habla (Heb. 1,1-2).

Además nos interesa saber que lo que llevamos dicho anteriormente de Dios está fundamentado en este libro divino, y en él seguiremos fundamentando todo el contenido de esta enciclopedia.

69

La Biblia es el libro más difundido del mundo por hallarse traducido a más de mil lenguas distintas, y más que un libro es una colección de libros sagrados, en total 73 (46 del Antiguo Testamento y 27 del Nuevo), mas ya nos

hemos acostumbrado a llamarlos en singular *la Biblia*, por hallarlos en la actualidad en un solo volumen, por lo que ella (y más por su carácter sagrado) es el libro de los libros, el libro por excelencia.

La razón característica de estos libros es que todos ellos están inspirados por Dios (2 Tim. 3,16), y éste es el motivo principal por el que debemos leerlos con frecuencia. Conviene saber que la Biblia católica se diferencia de la protestante, en que a ésta le faltan estos siete libros: *Tobías, Judit, Baruc, Sabiduría, Eclesiástico y los dos de los Macabeos*. La protestante tiene 66 libros y la católica 73.

70

En 1869 el Concilio Vaticano I resumió la doctrina católica acerca de la inspiración de los Libros Sagrados en estas palabras: «Los libros enteros del Antiguo y Nuevo Testamento, en todas sus partes, tales como están enumerados por el decreto del mismo Concilio de Trento y tales como están contenidos en la antigua edición Vulgata Latina, deben ser tenidos como sagrados y canónicos, no porque escritos por la sola ciencia humana hayan sido aprobados después por su autoridad, ni solamente porque encierran la revelación sin error, sino porque escritos por inspiración del Espíritu Santo tienen por autor a Dios».

«*Todo cuanto ha sido escrito en la Biblia, para nuestra enseñanza ha sido escrito*» (Rom. 15,4). La Biblia trata de Jesucristo. Él es su figura central (Véase núms. 90-92).

71

La lectura de la Biblia es de suma importancia y nos es necesaria a todos, pues por ser «la palabra de Dios» y

ser el único libro divino, el Conc. Vaticano II nos exhorta a leerlo con frecuencia (DV. 25), porque su lectura nutre y alimenta la fe de todos los cristianos, y a su vez alimenta la esperanza, la caridad, la humildad, la pureza, la mortificación, el celo... San Jerónimo dice: «Leed con frecuencia las Escrituras; aún más, no dejéis nunca de la mano su lectura... La vida de los santos es su mejor interpretación... Amad la ciencia de la Escritura y no amaréis los vicios de la carne». Y San Agustín: «Toda la Biblia nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miradas al cielo, donde se halla la verdadera y suprema felicidad».

Advertencia: El que quiera tener una idea clara del valor de la Biblia, le recomiendo estos libros míos: «*Catecismo de la Biblia*». «*Los grandes interrogantes de la Religión*», y «*La Biblia explicada*».

72

LOS EVANGELIOS

Antes de hablar de Jesucristo, vamos a hablar de los Evangelios, porque éstos tratan de El. La Biblia, como es sabido, se divide en dos grandes partes: Antiguo Testamento (A.T.) y Nuevo Testamento (N.T.). El Antiguo fue escrito antes de Jesucristo y el Nuevo en el primer siglo después de Jesucristo.

Los Evangelios son los cuatro primeros libros del Nuevo Testamento, Mas notemos con San Agustín que «son cuatro los libros de un solo Evangelio», o como dice Orígenes: «*El Evangelio es uno* en realidad, aun cuando venga de cuatro autores». Conviene que sepamos también que Dios ha hablado a los hombres (Heb. 1,1-2), y en el Antiguo Testamento tenemos lo que Dios nos ha dicho por medio de los profetas, y en el Nuevo, especialmente

en los Evangelios, lo que El nos ha dicho por medio de Jesucristo.

73

¿Qué es el Evangelio? El Evangelio (que significa «Buena Nueva o Buena Noticia» de la redención a los hombres) es la historia de la vida, doctrina y milagros de nuestro Señor Jesucristo, relatados por los cuatro evangelistas: San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan.

Hoy se leen con avidez biografías de hombres célebres, y ¡cuántos de los que se dedican a sus lecturas se olvidan que la primera de todas es la de Jesucristo, y que esa biografía divina se llama *el Evangelio!* «Sea, pues, nuestro principal estudio pensar en la vida de Jesucristo» (Kempis). ¡Cuántos se llaman cristianos y no le conocen e ignoran que El es el único que ha vivido y muerto por nosotros!

74

Al Evangelio, por ser el libro de Dios, se le han tributado siempre los más grandes honores. Ya en los comienzos de la Iglesia se encerraba en el Sagrario juntamente con la Eucaristía, y aquellos primeros cristianos copiaban el Evangelio, le llevaban consigo, y al morir, se depositaba sobre sus pechos.

Es costumbre en la Iglesia católica estar de pie durante su lectura, como indicando que estamos dispuestos a oír siempre la palabra de Dios y cumplirla... Después de la lectura, el Evangelio se besa y en las Misas solemnes se inciensa en señal de respeto a la palabra de Dios. No hay más que un libro que se inciense, y es éste: ¡el Evangelio!...

¿Cuál es el origen de los Evangelios?

El Evangelio fue primeramente oral. La Buena Nueva por excelencia, la doctrina de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, fue predicada al mundo, primeramente por El y luego por sus apóstoles a quienes envía a predicar. «*Jesús iba recorriendo toda la Galilea, enseñando en sus sinagogas, y predicando el Evangelio del reino*» (Mt. 4,23), y luego de instruir a sus apóstoles les dijo: «*Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a todas las gentes, el que lo creyere y se bautizare, se salvará*» (Mc. 16,15; Mt. 28,19). «*Id y predicad, diciendo: Que se acerca el reino de los cielos*» (Mt. 10,7). La predicación de los apóstoles fue prolongación de la predicación de Jesús.

76

El Evangelio escrito. Después de haberse predicado el Evangelio, se sintió la necesidad de fijar por escrito la enseñanza oral que se había predicado, y así algunos de los apóstoles y discípulos, inspirados por Dios, para bien de las comunidades cristianas y fieles, escribieron parte de la doctrina que predicaban, o sea, de las divinas enseñanzas de Jesucristo.

La predicación apostólica fue una instrucción a la que se le ha dado el nombre de «catequesis», formada a base de los hechos, milagros y palabras de la vida de Jesús, la cual era necesaria, ya que la fe depende de la predicación de la palabra o Evangelio de Jesús (Rom. 10,1).

77

Los autores de los Evangelios son: San Mateo, San

Marcos, San Lucas y San Juan. San Mateo y San Juan fueron apóstoles de Jesucristo. San Marcos fue discípulo de San Pedro, y San Lucas, discípulo de San Pablo. Los Evangelios fueron escritos en lengua *griega* a excepción del de San Mateo que lo fue en lengua *aramea*. Y por lo que hace a la época en que fueron escritos, la sentencia más probable es que los tres primeros lo fueron del año 40 al 70 de nuestra era, y el de San Juan sobre el año 95.

Conviene tengamos presente que la Iglesia fundada por Jesucristo es para los católicos la verdadera Maestra y norma para juzgar por los Evangelios. Conocido es el dicho de San Agustín: «Yo no creería en los Evangelios, si no me convenciese de ellos la autoridad de la Iglesia católica».

78

¿Merecen crédito los Evangelios?

No hay duda alguna que los Evangelios tienen la máxima autoridad y merecen fe humana por ser verdaderamente *históricos*, o sea, porque son auténticos, íntegros y verídicos.

- Un libro es *auténtico* cuando ha sido escrito en la época y por el autor que le asignan.
- Un libro es *íntegro* cuando ha llegado hasta nosotros sin alteración, tal como fue compuesto por el autor.
- Un libro es *verídico* cuando el autor no puede ser sospechoso de error o de mentira.

79

El Evangelio es un libro excepcional que se halla publicado en todo el universo y se ve confirmado con milagros públicos e innegables, confesado por millones de

hombres, que han dado su vida entre los más horribles tormentos por su creencia, y vemos que es defendido, explicado y aclarado por los hombres más sabios y virtuosos de todos los siglos. Jesucristo dijo y sigue diciéndonos en su Evangelio: «*Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?*» (Jn. 8,46)... El Evangelio apareció en el mundo cuando nació el cristianismo, y el cristianismo apareció en el mundo, cuando empezó a predicarse el Evangelio. ¿Podrá presentarse una verdad más demostrada que ésta?

80

En favor de la autenticidad de los Evangelios tenemos la tradición de todos los siglos y testimonios hasta de los mismos enemigos del Evangelio.

San Clemente Romano, discípulo de San Pedro y Papa en el primer siglo (desde el año 91 al 100), y *San Ignacio de Antioquía*, martirizado por Trajano en 107, que fue discípulo de San Juan, citan los cuatro Evangelios.

San Ireneo, obispo de Lyon (años 120 al 202), discípulo de San Policarpo, quien lo fue a la vez de San Juan, invoca contra los herejes los cuatro Evangelios, y así dice: «Es tan grande la certeza de nuestros Evangelios, que los mismos herejes les rinden testimonio», y *Orígenes*, que vivió del año 185 al 254, afirma: «Hay cuatro Evangelios, que son los únicos recibidos sin dificultad en toda la Iglesia de Dios: el de San Mateo, el de San Marcos, el de San Lucas y el de San Juan».

81

Desde el siglo III y IV abundan testimonios clarísimos sobre la autenticidad de los Evangelios, y es más, filósofos platónicos, primeros precursores del moderno racionalis-

mo como Celso, Porficio, Marción y otros, al ver que no podían negar su origen y valor histórico, lo que hicieron fue desnaturalizar su contenido o adulterar algunos relatos evangélicos en provecho de sus errores... Los protestantes en el siglo XVII y siguientes los admitieron –al igual que la Biblia, como norma única de fe y rechazaron la tradición y el Magisterio de la Iglesia... De algunos protestantes liberales y racionalistas aduciré dos testimonios:

Renán dijo: «En suma admito como auténticos los cuatro Evangelios canónicos. A mi parecer todos se remontan al siglo I, y son poco más o menos de los autores a los cuales se atribuyen».

Juan Jacobo Rousseau, que atacó muchas veces la figura de Jesucristo, dice: «¿Diremos que la historia del Evangelio fue inventada caprichosamente? No es así como se inventa. El Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan sorprendentes, tan perfectamente inimitables, que el inventor quedaría más asombroso que el héroe».

82

En favor de la verdad de los Evangelios tenemos que los hechos que narran los evangelistas eran recientes, públicos y conocidos de todos, los habían visto ellos mismos, como testigos oculares, o bien recibido de boca de los testigos dignos de fe, como dice San Lucas al comienzo de su Evangelio.

Además la crítica enemiga los ha examinado con la mayor prevención y saña, y no han podido encontrar error o falsedad alguna. Los evangelistas no hubieran podido engañar, aunque hubieran querido, porque vivían todavía numerosos testigos presenciales de los hechos del Evangelio y hubieran protestado, y porque se trata de hechos conocidos y narrados por historiadores profanos. Fi-

nalmente el estilo sencillo con que refieren los hechos, el no callar sus propias faltas y el contar cosas que habían de proporcionarles persecuciones y martirios son pruebas evidentes de que narran la verdad...

83

En favor de la integridad de los Evangelios, tenemos que en el decurso de los siglos nada se ha mudado en ellos y han llegado intactos hasta nosotros, conservándose como salieron de las manos de sus autores, sin mutaciones esenciales, y si se nota alguna que otra variante es accidental y debida a errores de copistas o de traductores. Existen más de dos mil trescientas copias, hechas en pergamino, todas ellas antiquísimas, y todas concuerdan con nuestra Sagrada Escritura.

Advertencia: Esta cuestión de la historicidad de los Evangelios puede verse algo más ampliada en mis libros: «*¿Qué es el Evangelio?*», «*Los grandes interrogantes de la Religión*», y especialmente en el «*Manual de Escritura, Introducción especial al Nuevo Testamento* =5.º edición».

84

LA REVELACION DIVINA

(La fe y la razón)

Hemos hablado de Dios, y tenemos que hacernos esta pregunta: ¿Cómo podemos conocer a Dios? Lo podemos conocer por la luz natural de la razón y por la fe o luz de la revelación divina, o sea, por estos dos libros: el de la naturaleza o mundo sensible y por la Biblia.

1. *Por la naturaleza* o el mundo sensible que vemos y por toda la grandeza de la creación: la tierra con sus ma-

res y montañas, las estrellas, etc., todos nos damos cuenta que el mundo existe y sacamos la consecuencia que con mayor razón existe el Creador del mundo y todo nos habla del poder y divinidad de Dios (Rom. 1,19-20). (Ved n.º 29).

2. *Por la Biblia*, donde tenemos lo que Dios nos ha dicho por medio de los profetas y por Jesucristo, y en ella Dios se nos revela como creador de cielos y tierra y de cuantas cosas existen (Ved n.º 3 al 6).

85

Recordemos el magnífico pasaje de San Agustín del ascenso por medio de las criaturas, para encontrar al Creador: «Pregunté a la tierra, y ella dijo: “No lo soy (no soy Dios)”. Pregunté al mar... a los vientos... al cielo... hablé a todas las cosas que estaban esparcidas ante mis sentidos: «¡Habladme de mi Dios, ya que vosotras no lo sois, habladme de El!». Y con voz fuerte clamaron todas «El nos ha hecho».

86

Como podemos observar en el hombre hay dos clases de conocimientos: el racional que se adquiere por medio del entendimiento, y el sobrenatural, que adquirimos por medio de la fe, la cual se funda en la palabra de Dios infalible (Heb. 1,1; 11,1), y por lo mismo este conocimiento sobrenatural es más excelente que cualquier otro conocimiento humano, porque procede inmediatamente de Dios y abarca más número de verdades.

Por la razón sabemos muy poco de la naturaleza y vida de Dios; mas por la fe nos consta el misterio de la Trinidad, el de la Encarnación, elevación del hombre al estado sobrenatural...

Revelación es manifestación de algo oculto y escondido. La revelación de que aquí hablamos, es de *origen divino*, pues procede de Dios, y de ella podemos dar esta definición: *Revelación divina o sobrenatural* es una *locución* amorosa de Dios a los hombres, pues Dios, movido de amor, dice el Vaticano II, ha querido revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad por Cristo, la Palabra hecha hombre (DV. 2).

Este es un hecho histórico de gran transcendencia, pues nos consta que Dios nos habla no sólo por la naturaleza en la que nos ha dejado «un testimonio perenne de Sí mismo» (DV. 3), sino que también habló, como hemos dicho, primeramente por los profetas para que todos le reconocieran como Dios único, vivo y verdadero, y últimamente nos habló por su Hijo, Jesucristo, el Verbo o Palabra hecha hombre.

¿Qué es la Sagrada Tradición? «Tradición (de la palabra latina «trádere») significa «entrega», «transmisión» de una cosa o una verdad.

La Sagrada Tradición (que se denomina también «Tradición Apostólica») es la transmisión de la doctrina de Jesucristo ya oralmente, ya por escrito (2 Tes. 2,15). Tradición *objetiva* es el conjunto de verdades, de hechos o milagros, que constituyen el depósito de la revelación, y tradición *subjetiva* es el conjunto de personas, por cuya mediación llegaron hasta nosotros los hechos y dichos de Jesucristo.

Los transmisores de esta doctrina o cauce de las verdades reveladas por Dios, son: 1) *Los apóstoles*, los primeros en recibirla de labios de Jesucristo. 2) *Los Roma-*

nos Pontífices y obispos, como sucesores de los apóstoles, y 3) *Los Santos Padres de la Iglesia*, los Concilios, los escritos litúrgicos, etc...

89

El Concilio Vaticano II nos dice: «Dios quiso que lo que había revelado para salvación de todos los pueblos, se conservara íntegro y fuera transmitido a todas las edades...» (DV. 7). Cristo, el Verbo encarnado, es la verdadera Palabra de Dios enviada a los hombres. El es la fuente y plenitud de la revelación... De Cristo «única fuente divina», manan como formando una sola cosa la Tradición Sagrada y la Escritura Santa, pues tan unidas están entre sí como las aguas del río a su cauce, de tal modo que no puede concebirse una Escritura independiente de la Tradición, ni una tradición independiente de la Escritura (DV. 9).

Los dogmas definidos por la Iglesia están todos de algún modo incluidos en la Biblia, pues no inventa ni crea dogmas, sino que los *aclara*. La norma de nuestra fe es la Biblia interpretada por la Iglesia.

Advertencia importante

Como en los números siguientes vamos a hablar de Jesucristo, conviene sepamos la fecha de su nacimiento, desde la cual empieza nuestra cuenta del tiempo, o sea *la Era cristiana*, y además cuándo se celebra la fiesta de la *Pascua de Resurrección*.

La era cristiana

La era cristiana que empieza con el nacimiento de Cristo, se llamó también «era dionisiana», porque un monje escita, llamado Dionisio el Exiguo (que murió en el año 556), tuvo la idea feliz de poner en el centro de la historia universal la fecha del nacimiento de Cristo, porque en realidad El es el centro de todos los tiempos, pues vino *en la plenitud de ellos* (Gál. 4,4).

Según los estudios que se han hecho y teniendo en cuenta

que Jesucristo nació al final del reinado de Herodes el Grande (Mt. 2,1ss), y que este rey murió como lo atestigua Flavio Josefo (*Antigüedades Judaicas* XVII) el año 750 de la fundación de Rma..., parece ser que la fecha más exacta del nacimiento de Cristo es el año 748 de la fundación de Roma, y por tanto unos cuatro años o cinco antes de la era dionisiana, o sea, de nuestra era cristiana.

El tiempo anterior a Cristo se llama, de ordinario, el «Antiguo Testamento» o Antigua Alianza, y el posterior a Cristo, «Nuevo Testamento» o Nueva Alianza.

La Pascua de Resurrección

Esta fiesta debía caer en un día fijo al año, si no hubiera un año bisiesto cada cuatro años, y como la fiesta de la Pascua es la más importante del cristianismo y la mayor de las fiestas, para saber en que día de cada año se celebra conviene saber que el Domingo de Pascua es el primer domingo después de la primera luna llena posterior al 21 de marzo.

Por esto, la fecha más temprana posible para la Pascua es el 22 de marzo y la más tarde el 25 de abril. Esta fecha fue fijada desde el Concilio de Nicea el año 325.